

E S T
A C I
Ó N
P O E
S Í A

Guillermo Carnero [3] Malva Flores [4] Cristina Peri Rossi [6]
Javier Salvago [8] Inmaculada Moreno [9] Elsa López [10]
Trinidad Gan [11] Charo Prados [14] José Manuel Benítez
Ariza [15] Nieves Chillón [20] José María Álvarez [21]
Efi Cubero [23] Luis Armenta Malpica [24] Daniel Díaz
Godoy [29] André Cruchaga [30] Alfredo Félix-Díaz [32]
Roxana Méndez [33] Elías Moro [35] Luis Arturo Guichard [36]
Pilar Márquez [42] Sergio Álvarez [45] Alejandro Belonne
Devereux [46] Lola Mascarell [48] Inmaculada Calderón [49]
Manuel Neila [50] María José Vidal Prado [51] Eva Vaz [52]
Julián Herbert [53] Aníbal Cristobo [55] José Manuel Vinagre
Lobo [57] Saúl Ibáñez [58]

Guillermo Carnero

LUIS CERNUDA: HOMENAJE

Paladea y observa a contraluz
—la mirada perdida en el crepúsculo
granate y pronto negro— las palabras rotundas,
cegadas en luz imperfectible,
que suenan no en halago del oído
sino en reino interior de soledad y sueño,
alto, concluso y solo, inaccesible
a la envidia, al rencor, al meditado olvido.
En la palabra vive y en la música,
enlazadas en luz y ritmo antes de escritas,
muda conversación entre tres Luises
en homenaje mutuo concertados:
el adusto y lejano, el poderoso
envuelto en marta y seda, el desterrado
en su altivo desdén irrevocable.
Brillan secretas al cerrar los ojos
y en ellas se complace: allí no rige
la leyenda que ignora que es primero
quien no primer sino mejor orfebre
haya sido, en belleza y pensamiento.

Malva Flores

BRÚJULA MÍNIMA

La aguja imantada que recorre
el umbral
el tibio firmamento de lo que vemos marcando
siempre al Norte.

Como si el Norte nos dijera algo
como si el rojo de la aguja indicara
un *hacia allá*

dirígete *hacia allá*
No importa dónde
allá
Donde salta la liebre
y te desnuda
acá

Fiebre es lo que cuenta aquí.

Fiebre de no saber a dónde pero sí
cómo llegamos al quicio
del tibio firmamento.

¿Es tibio?

¿Puede ser tibio eso que nos alumbra
como una cortesía?

¿Cuál firmamento?

Cuál firma para decir
esto es mío
esto soy
un día fui.

Sigue la ruta roja de la aguja imantada
ahora que ya no hay más.
Sólo la sombra mínima
del diamante que cala.

Cristina Peri Rossi

GÉNERO

Hay días en que me despierto muy hombre
Y te miro con deseos de posesión
y no me importa si te resistes
me excita mucho más
y te haría un hijo
como Cumbres borrascosas
y después te abandonaría ufano
silbando fuerte
y mi ego se hincharía
como el pecho de un urogallo macho
presumiendo de mi fuerza y de mi poder
y no escucharía tus quejas ni demandas
soberbio, ebrio de mí mismo
como Narciso mirándose en el espejo.

Pero hay días en que me despierto
muy mujer
y te miro dormir entimismada
y te contemplo como una reliquia antigua
de gran valor
como un cántaro romano en el fondo del océano
y te acaricio suavemente
tan suavemente que no lo sientes
("Ay de ti, que duermes navegando")
Y a tu lado espero con deseo y con ternura
que despiertes
bella y ronroneante como una gata persa
Y te alabo y cuido tu sueño

y sé que sería tu escudo invulnerable
ante cualquier catástrofe
Y jamás te dañaría
enamorada como una mujer enamorada
Entonces despiertas
me sonríes y preguntas qué hago
“Velo armas” te digo y te beso

Javier Salvago

ALELUYAS DEL ORDENADOR Y EL GATO

A Zombi, mi gato

Quien me iba a decir a mí,
cuando empezaba a escribir,
que acabaría escribiendo
poemas en un invento
que te conecta en segundos
con el mundo y sus submundos
y pone todo el saber,
con solo un lance de red,
a tu alcance y a tu antojo.
¡Prodigio maravilloso!

Pero es más extraordinario,
por increíble y por raro
—dada la escasa empatía
que entre nosotros había
en aquella fiera infancia
de arañazos y pedradas—,
que yo escriba con un gato
dormitando en mi regazo.

Inmaculada Moreno

A FAVOR DE LA NOCHE

A favor de la noche
contó siempre el silencio
y la calma llegada solamente
al apagarse el día;
las horas de los libros
sin más cota que el sueño,
la presencia del padre revelada
por la raya de luz bajo una puerta,
las estrellas fugaces que parecen
confetis que echa un mago contra el cielo,
las películas viejas en la tele...
Poco más, eso es todo a favor de la noche:
maravillas calladas,
el catálogo exiguo
de un puñado de gestos en penumbra
que la penumbra misma absorbe
una vez se han mudado a tu costumbre.
Todos salvo esta luz que deja el flexo
enmarcando su brazo sobre el folio.

Elsa López

EL PROGRAMA DE LAS CUATRO Y MEDIA

“Buenas tardes”, dijiste.
Como una brisa cálida tu voz atravesó
las puertas de la casa.
Y, como cada día, tu sonrisa fue abriendo
el aire y las ventanas para colarse a golpes
en el pequeño espacio de la vida.

Fue un momento impreciso.
Te miré –yo nunca te había visto excepto en las postales
o clavado en los postes que anuncian novedades–
y me quedé aguardando
que cambiaran de sitio los muebles de mi alma.

Y así fue sucediendo.

Y como cada día y como cada tarde,
fuiste marcando el rumbo de mi café con leche.
A mi pequeño cuarto fue llegando la vida,
la risa, el desconcierto, las noticias del mundo,
el dolor, la ternura, y el ruido de las nueces.

Trinidad Gan

RELOJES ROTOS

Camina tan deprisa...

Parece que los días pasados la persiguen,
que nota a sus espaldas cómo se desmorona
el oscuro mecano que levantó su vida.

Pero sigue corriendo.

Apenas si le importa que resbalen sus pasos
sobre los vidrios rotos que dejó la tormenta.

De madrugada cruza las plazas solitarias,
su estruendo de estorninos, ese rumor del agua
—casi fingido azul, imposible marina—
que tiene el despertar en algunas ciudades.

Y enfrente, la mañana.

Un sol entrecortado perfila tras las nubes
retazos de recuerdos, un enjambre de rostros:
deshilachada música que escolta su regreso.
Junto a la vieja fuente de piedra se detiene
y trata de acercar a unos labios que arden
agua fría que escapa del cuenco de sus manos.

Si se atreviera ahora...

*Si apurara esas gotas, esas brasas heladas,
ahora que ya sabe que fue vano espejismo,
que fue mentido incendio su fulgor, su destello.*

Si se atreviera ahora...

*Quizá sea el instante en que deba pararse
y congelar el río que la empuja sin freno,
veloz, a la carrera, al umbral de la nada.*

El aire se enrarece
con sonidos que tratan de acelerar su marcha.
La arrastra la vorágine, el tráfico del día.
Para evitarlo dobla la esquina, pero siente
como una quemadura, tal vez un roce ajeno
de manos en su nuca que le hace alzar los ojos
y descubrir, oculto, un tiempo detenido.
El muro de una torre:
sobre él dos esferas de reloj contrapuestas
—frío norte la una, hacia el ocaso otra—
guardan, dormido, el cuerpo de las horas vencidas.

¿Qué guardián descuidado
permitió que cesara su baile sin retorno?
Parásitos en coma, ¿esperan los minutos
que el filo de unos párpados mueva las cuatro agujas
y haga recomenzar su olvidada cadencia?
¿O acaso su mirada, como un grito, detuvo
la cascada de arena, el fugaz mecanismo?

Da un paso más, recorre
la pared de una casa. Sube una escalinata.
Vacilante tropieza con la hiedra y maldice.
Hacia la torre oscura vuelve otra vez la vista.

¿De quién fueron los dedos
que atrasaron, crueles, sus pasos en la vida
y que han vuelto su historia dos relojes en sombra?
Tal vez desde la altura descubra algún indicio,
pueda desentrañar su espiral más secreta,
apresar grano a grano los momentos brillantes,
su pequeña ganancia, las fértiles cenizas.

Retoma su camino.
Abierta la mañana, entra al fin en la casa
—la claridad del cuarto, verde tras las cortinas—

y, tendida en el lecho, recuerda los relojes,
el ángulo preciso desde el que la vigilan.
Lanza su llama última el temblor de una vela,
la más alta y azul, justo cuando se apaga.

¿Qué materia serán,
qué cuerpo han de tomar las horas si dormimos?
¿Habrá quien, esta tarde, en su cristal recoja
los contados minutos que por vivir le quedan?

Se le cierran los ojos.
En la orilla del sueño luces tenues se encienden,
dibujan laberintos sobre páginas negras.
Ante ella, como caras de un dado, los recuerdos
ruedan en un tablero con lunas, hombres, labios.
Se va quemando el mapa del día y la memoria
en la hoguera tenaz de tiempo en la que ardemos.

Charo Prados

ÁNGEL SIN ALAS

Sobre la espalda
un niño lleva auestas el cuerpo de su abuelo
colgando, quieto y duro, en el árbol del patio.

Entre tizas y lápices, su madre llora siempre,
y la abuela no mira
más allá de las flores y los tiestos del patio,
quieta como una estatua de sal ya sin memoria.

En un mapa
el crío traza rayas y círculos concéntricos
y escribe con su letra redonda lo que dicta
la maestra de escuela.

Y de pronto, la rabia.
Pero los niños buenos no quieren ya pelea
con ese que se toma la vida tan en serio,
el que dibuja mapas sin ton ni son ni tino.

Ángel sin alas, quieto,
en el hueco de un árbol del que pende un fantasma
en círculos concéntricos,
cada vez más pequeños.

José Manuel Benítez Ariza

TRÍPTICO IRLANDÉS

I

FLORA Y FAUNA DE DUBLÍN

Aquí los cuervos
son del color de plomo
de las palomas

y a finales de marzo ya han florecido los cerezos:

en las flores mojadas prendidas de una rama
me ha parecido ver rostros que miran
desde las ventanillas de un autobús que pasa;

quiero decir que la primera luz
de la mañana a veces desdibuja los límites
entre lo imaginado y lo real,

como la bruma, en esos días
en que la niebla es lluvia en suspensión,
difumina el perfil de los acantilados,

o la luna enmascara ese tipo de cosas que solamente ocurren
a la luz de la luna: las disputas
entre zorros y gatos en torno a las basuras,

o la indignada queja de las focas
bajo la luz rasante del faro en la bocana
de Howth, cuando disputan la morralla
que los barcos de pesca arrojan por la borda.

Todas esas criaturas me acompañaron en Dublín.

Y también los borrachos —el que tomaba siempre
el último autobús de Dunleary a Kilmacanogue—
y las ancianas que sacaban
a pasear sus perros al despuntar el día.

Una de ellas me dio su bendición:

Que el amor, la fortuna y la felicidad me acompañaran siempre.

Cruzaba el cielo entonces una de esas cornejas del color de la ceniza,
y llevaba una rama florecida en el pico.

II

JOYCEANA

El mar tiene el color de su pañuelo sucio.
“Vaya colores que gastáis ahora
los bardos irlandeses”, le dijo un insolente.

Y toda la rompiente, desde las escolleras
de Sandycove hasta el Canal,
le daba la razón: esas tonalidades
como de secreción acatarrada
bajo un cielo de borra sucia.

Y lo peor, el retintín: la gota
que colma el vaso del orgullo herido.

Y luego todas esas alusiones
a lo que Stephen hizo o dejó de hacer
cuando la muerte de su madre.

Motivo suficiente, quizá, para el extrañamiento.

Quién no se ha ido alguna vez,
dando un portazo,
de una reunión de amigos.

Quién pensaría siquiera en volver a la Torre,
con ese plasta y ese inglés borracho.

Y todo el día por delante,
largo como esta playa de arena entreverada
de conchas que se rompen a su paso,
frágiles como la conciencia herida.

Y luego la ciudad,
la trama espesa de sus compromisos,
la cháchara de los desocupados,
la penumbra violácea
de sus burdeles.

¿Quién
es éste que me toma del brazo, como a un borracho,
y me lleva a su casa y me sirve una taza de cacao caliente?

Esta curiosa intimidad entre desconocidos,
estos descaminados afectos que no encuentran
otro destinatario que un muchacho propenso a meterse en problemas,
alguien con quien tener un gesto amable,
quizá un arranque paternal
en contraposición a tantas cosas
que a lo largo del día han ido estropeándose.

“Al menos este chico –piensa Bloom–
no está al tanto de ciertas calumnias sobre mi mujer
ni me desprecia por judío”.

Hoy como entonces
el mar tiene también ese color dudoso.

“Aquí nadie ha leído el *Ulyses* de Joyce”,
me dice el joven guía en el tren que bordea la rada de Dublín,
“pero nos hablan mucho de ella en el colegio.
Mil páginas o así: la historia de un judío y un muchacho
que se cruzan un día en estas mismas calles.
Todos sabemos de qué va.

Y muchas gracias por el chocolate.
Ya ve, yo traigo aquí mi almuerzo.
Los precios de Starbuck's sólo pueden pagarlos los turistas.”

III

GLENDALOUGH O MI JORNADA ENTRE LAGOS Y MONTAÑAS

Ante el ejemplar que Yeats tenía de Walden de H. D. Thoreau.

*“I will arise and go now...”
YEATS: The Lake Isle of Innisfree*

Sí, me pondré en marcha enseguida
e iré a pasar el día en Glendalough,
y subiré hasta el lago, lejos de los turistas,
a contemplar el limpio reflejo de los montes
en las aguas apenas rozadas por un viento frío
que es también el que agita la fronda de los robles
y mueve la maleza del cementerio, al otro
lado de la alta torre, alzada como un mástil
entre las tumbas rematadas
por cruces sobrepuestas al círculo solar.

Bajo ese sol antiguo, en la benigna
tregua que se da el tiempo a finales de marzo,
entre risueños estudiantes
venidos de otras tierras donde no se habla inglés
y taciturnos irlandeses
que aguardan la hora cárdena de la pinta en el *pub*,
formularé en voz baja una vez más
la cansada pregunta sin respuesta
del solitario en una multitud,
la irresoluble paradoja
del deseo como una aspiración
a la felicidad más allá de uno mismo,
el asombro de constatar los gestos

afirmativos de la vida
en un paraje que también acoge
las gesticulaciones de la muerte,
sus largas enumeraciones de sucesivos nombres y apellidos,
su silencioso contrapunto
al tráfago de los excursionistas.

Desde aquí me parece estar oyéndolo,
a la hora en que los bares empiezan a vaciarse.

Desde aquí, donde todo es víspera.

Nieves Chillón

Diciembre crepita en las estufas

crepita bajo mis pies la escarcha
y los juguetes que él arruga muerde y arroja
al charco rebosante de hojas

crepita el volcán teogónico de espuma
y sangre del que emergió hace tres meses

desde entonces mi cuerpo intenta
cerrarse sin conseguirlo del todo.

José María Álvarez

Y ENTONCES, BURKE

¿Recuerdas? La mañana era limpia como el viento
helado que quemaba
tu cara. Habías salido a pasear. Te
cruzaste con los niños del coro de King's College.
Sé que me detuve junto al puente
del Queen. Y que de pronto cruzó el cielo
un latigazo de tinieblas.
Volví. Y esa pequeña librería
de viejo, cerca del Trinity.
Entré para calentarme un
poco. Y entonces aquel pequeño
volumen, su piel azul oscuro, como el cielo,
y esas letras en oro: REFLECTIONS
ON THE FRENCH REVOLUTION.
Y oliste aquellas páginas, como hueles
a una mujer, lo acariciaste
con el placer que a ellas.
Ah esos libros que adoras,
que jamás se destruyen,
que pueden ir en el bolsillo,
que atesoran el mundo.
Tú ya tenías en Villa Gracia
esas REFLECTIONS, dos o tres ediciones.
Pero ésta era perfecta.
¿Quiénes lo habrían gozado?
Ah esos libros que acompañaron a alguien
y ahora a ti, que tienen el calor
de tantas manos, la fiebre de tantos ojos,

a veces anotaciones de otro,
y que sabes que cuando tú no estés
acompañarán otras vidas.
Agradécelo.

Efi Cubero

ALBUR

Sólo viento al albur, materia al sueño,
forma al deseo, fuerza e intensidad
a lo verdadero que desvela o revela
este misterio, profundo, del mirar.
Ceñir el tiempo en la esencia de luz
frente a la bruma del barro primigenio.
Podar, para que no arrebatase lo inconstante
la savia de los frutos, deshacerte de ramas
que te impiden crecer, y seguir,
seguir siempre, por esta extraña senda
de incertidumbre y vida.

De silencios.

Luis Armenta Malpica

ESTAMPIDA

A quien se despidió en un sueño.

Viene mi padre
y dice: hay un sitio
en el hombre
en el que nunca he estado.
Desde niño lo supe. Cambia de voz
la voz
que desde un blanco
tenue
fortifica los huesos cuando avanza
y regresa lo grave del morir
con esta otra visita que nos hace
la vida. Nos ha dado la espalda aquello
en que montamos la primera ilusión
el enamoramiento
la pasión
la costumbre
y luego el desencanto.
Viene
y se va
sin fin
resonando la sangre.
En ese punto
exacto
del que ya nadie escapa
de la arteria
hay un filo de voz
una burbuja mínima
que estorba en la carótida

y da paso a otros hombres, des
conocidos todos, urgentes en la urgencia
de hallarme en el respiro, la voz
entrecortada
la vena en la cuchilla
de este decir “papá” cuando siempre
fue el padre quien nos marcaba
el paso.

Viene conmigo y vuelve
su sombra
silenciosa. Viene
apenas su voz detrás de los caballos
y azotaron las puertas del quirófano
en donde estoy tendiendo estas palabras. Es
más firme que yo si sostiene
mis dedos. Enormes como ese dios que llega
retrasado a la cita que pedimos
hace casi dos lustros, su sombra
es una cox
casi aquel sobresalto que provocan los ojos
que no aman
lo que amamos, pero que no por eso dejan
de ser un grito, la sirena encendida de ese deseo, pasión
enormidad de estar dentro de una mirada, aunque se nos desangre
el alma por sus finas suturas. La cicatriz
es brida, un tope
nunca más la armadura
por muy azul que sea, por cielo
desmedido o el recuento de daños
de ese alguien que no
está.

Se escucha una sirena lejanísima: parece decir *horses, horses, horses*,
pero yo escucho *hurts, hurts, hurts...* y cómo duele.

Puede venir
de mí, igual que vino el padre
de su padre y su padre.
Pueden venir los restos del naufragio
a incinerar mi voz
y no van a callar
esto
que estoy mirando.
Y si puede venir, que diga
para quién se presenta, qué sombra
fue la suya
si son ciertas estas duras palabras que caen
sobre la nieve. Más dura (casi tarda) en volver a nosotros
el agua del alivio que nos diagnosticaron. La sangre
que es de todos
tiene un trote distinto. Se escucha *horses*
aunque resuena *hurts*. Otra
manera de saltar por las cercas, y a lo lejos
sólo queda el rumor, la sequedad del ojo
y ese helado callarnos la partida.

Pero que no nos diga que es
la muerte: esa
mi sombra larga
porque puedo matarla
contra mi propio miedo.

En cambio, al padre
no. Viene
conmigo el sitio donde nos encontramos.
Esa caballeriza de haber estado juntos en mis treinta
y dos años que son el par de espuelas
que le hincó en los ijares, que aprieto en sus costillas
con las cuales desgarró su grupa con un amor de hierro
a fuego vivo y cal para la herida. Y si lo monto
a pelo, ese padre no deja de patearme

de relinchar la negación del hijo
no dos sino tres veces, no un par sino otros hijos
la sagrada familia que no vaya a enterarse de estas cosas
porque ya no hay amor, aunque haya avena
y lazos y herradura para quien se encabrite.

Escucho una sirena ya muy cerca: parece decir *hurts, hurts, hurts*
pero resuena *horses*.

Que no nos diga el padre, ese hombre
que se viene con sus escasos litros de ternura
tan bronca, el semental más hosco
que se doma la muerte si viaja detrás nuestro
o si la colocamos adelante
apretamos su vientre y le dejamos ir
todo el camino andado tras la sombra del padre.

Puede o podría venir conmigo esa sombra de voz
que ya no reconozco como la de mi padre. Pudiera ser
una leche más fértil al traspasar sus belfos
y abandonar ese cilindro duro que cargo junto a mí
como una cartuchera, como un cuerpo más mío
el agudo disparo que inicia en una vena aorta
y estalla en la válvula tricúspide con su gota de sangre
su DNA similar, los altos triglicéridos
que no brincan la cerca y por eso se escuchan las sirenas
en ese mar de fondo de su arteria, en ese mar profundo
del dolor y por toda la sala ambulatoria. Amar
era una excusa para estar con mi padre. Lo que realmente
quise fue penetrar su piel hasta encontrar mi cuerpo
latiendo gota a gota.

Mi padre, en cambio, vino
sin válvula mitral y sin arterias: dejó
que le llenaran el cuerpo de tubitos de plástico
y de suero. Ahora se alimenta de sombras y temores. Desde la hombría

lo sé: y abandono mi voz por la que ahora le sangra. Intercambio su abrazo por mi beso. No lo dejo sufrir, porque no es de hombres.
Preparo mi escopeta, apunto a su garganta y cuento: una, dos, tres.
Una dos tres, papá, no te me escondas.
Una, dos, tres, por ese enorme padre que vuelve a estar conmigo.

Daniel Díaz Godoy

GRIETA SIN OLVIDO

Cuando pises la arena de mi pecho
haz de tus pies una fuerte raíz,
y así, cuando me haya ido
—y aunque esta patria te quede distante—,
echaremos de menos cómo crece
un vínculo cubierto de verdad.

Aunque tu ausencia se haga
cada día más sólida,
tendré siempre este labio
por el que me resbala tanta muerte;
esta profunda grieta
donde habita tu nombre.

André Cruchaga

IDENTIDAD PLURAL

A veces sólo se evaporan los escapularios del presente como las piedrecillas de la escarcha en la lengua: en los respuntes del balbuceo los dientes tienen su propio oficio: morder de un tajo la sombra de los eclipses los costados invisibles del humo o la fisura acumulada en los costados (*cuando ya la noche está fundada nos toca morder las lápidas desasidas de los pensamientos y los pantanos que acumulan las tormentas*) el fuego nos empecina a quemar los imposibles y sobrellevar el bramido de las sombras la vellosidad de los cuerpos jadeantes y a ratos escribir sobre el disimulo: la misión de los adioses a menudo es para acumular nostalgias y darle sentido a las aceras a la ropa sudada frente al espejo por lo demás poco me importa el tiempo y su contrapunto de éter en una acuarela de espectros respiro los páramos amarillos de la gota que se resiste a caer sobre las pesadumbres leo con dificultad algunas fotografías del presente: sé que envejezco a la orilla de la mesa y de ello tengo certeza cuando veo mi cara decapitada por el crimen —yo ya dejé de pensar en la posteridad aunque otros seguramente lo hacen ya dejé de pensar en la inocencia y en la claridad inasible de las ventanas carbonizadas en su faena premonitoria los adiestramientos de eternidad son imposibles entonces hay que ahorrar el vocabulario y advertir las rejas adustas de los sueños pero uno nunca debe aceptar la inercia para procrear espejismos en las cloacas lo indeseable de las pocilgas algún extrañamiento inasible claro los olores que nos humillan y nos hablan de culpas las escamas de la niebla que se propagan desde el umbral observo las raciones de huidas que nos pisotean diariamente se hunde la lluvia en los bolsos de los ojos: en el fondo de las fosforescencias remotas las

grietas tripulantes de la almohada y alrededor los amuletos de las circuncisiones (*en aquel ardiente ataúd del insomnio las rodillas aborciéndose en el suelo mientras clarea lo atardecido de las semanas o lo sucedido se quema por completo*)...

Alfredo Félix-Díaz

LA COARTADA

Le marco siete veces. No contesta.
Toco la puerta pero no me abre.
Aúllo como lobo y no se asoma.
Me suicido en el porche de su casa,
lentamente, probando su clemencia.
Al fin la luz de las sirenas llama
su atención. Corre a la ventana y mira:
Ya todos los vecinos me contemplan.
Emerge de su cuarto sin aliento
y se abalanza por las escaleras.
Sobre mi cuerpo y sangre se desploma.
Me da respiración de boca a boca
pero es un poco tarde para besos.
Se quita finalmente los audífonos
—caben diez mil canciones en el iPod—
y cuando el policía la interroga,
dice: “No escuché nada, se lo juro.”

Roxana Méndez

LA PALABRA PRECISA

He pasado los años de mi juventud
observando sobre los árboles,
empinada para ver qué llega
o qué se marcha. He querido
mirar antes que nadie la tormenta,
y la he visto acercarse
como una leona sombría
cuyas fauces son la mitad del mar.

También la he visto derrumbarse
como un alcohólico
sobre la casa de una niña,
destruir ciudades de papel
y levantarse para pisotear lo que queda.
Estruendo es su nombre inimitable.
Luz que rasga la luz, las líneas de su boca.

He concluido cada tarde y cada mañana.
No hay música que me defina.
Mi pasado es un destello. La punta
de un cuchillo que no corta,
que no separa lo futuro de lo presente.
Pan seco es mi lengua.

Una mancha de café
que es solo oscuridad, mi ojo abierto.
Penumbra, mi ojo cerrado.

En alguna habitación,
sigo siendo una niña que escucha,
en la calle, a toda hora,
aullidos de perros o de hombres,
y cierra los ojos y reza
una oración de una sola palabra,
pues no conoce otra.

Elías Moro

VIENE LA LUZ

Viene la luz esta mañana
a contarme los colores

mira, me dice, este es el nuevo azul
del aire poblándose de pájaros,
ese de ahí el blanco de estreno
abrazando al rosa casi muerto,
ocre viejo es aquel otro
de la tierra que pardea,
observa qué bellos los verdes
que se duermen en el estío

el amarillo redondo es el sol,
la sangre del día el rojo que estalla

y has de saber, me dice,
que ese gris que ignora dónde posarse
es la niebla insegura y dulce,
semejante en todo a tu mirada

Luis Arturo Guichard

SABUESOS

*Cae la oscuridad y yo enseño los dientes
a los sabuesos infernales que me persiguen
en el camino a ninguna parte.*

CHARLES SIMIC, *El monstruo ama su laberinto*

No sé si haya mucha gente que tenga su factura, ni si eso sirva para algo. Yo encontré la mía por casualidad, un día que estaba poniendo en orden viejos papeles de mis padres en la casa familiar de Tuxtla. Mi madre siempre fue una persona de excelente salud hasta que rindió toda ella al Alzheimer (y un poco antes al asma). Por eso fui muy barato: no hizo falta sangre ni nada extraordinario. El Dr. Valdemar Rojas, conocido ginecólogo en una época en que Tuxtla era todavía lo suficientemente pequeña como para que un médico fuera conocido, cobró 250 pesos por traer a este que escribe al mundo. Tengo la factura por ahí. Supongo que cuando muera podrán endosarla para el barquero, dejando claro que no se admite ningún tipo de devoluciones.

Dos cosas que marcan de manera irremediable: la vista deficiente y el sudor. Cuando era pequeño, en la escuela las maestras se dieron cuenta de que hacía las cuentas correctamente en la clase de matemáticas, pero con números diferentes a los que estaban en el pizarrón. Mis primeras invenciones fueron

números borrosos que no alcanzaba a ver y que no me quedó más remedio que sustituir. Es fácil ver metáforas donde no las hay: no sé si eso fuera mi primer asomo a la poesía. Tal vez un mundo borroso al que no queda más remedio que darle una forma y un sentido para que las cuentas salgan. El sudor, en todo caso, complementa eso. Sudo de una manera incómoda y permanente. Al menor asomo de calor tengo la frente, el cuello y el pecho cubiertos como si hubiera salido de una piscina. Cuando era niño, mi tío Aldo, hermano de mi padre y médico, me hacía beber limonada con bicarbonato, que, por absurdo que parezca, me funcionaba a medias. Si usas gafas y sudas, te acostumbrarás a que el sudor que te cae de la cara tiene el color de las patillas de las gafas. Recuerdo mi vida como una sucesión de hilillos de colores. Mis recuerdos están ligados al color de mi sudor. Ahora mismo, mientras tecleo, acaba de caer una gota azul sobre la “j”.

Fui un niño solitario y caprichoso, maleducado, como corresponde al último hijo de unos padres más que cuarentones que no tienen ya mucha fuerza para corregir el comportamiento de nadie. Muy maleducado. De nuevo, si hubiera que ver metáforas donde no las hay, tal vez esto signifique algo. Tengo una cicatriz en la frente de una vez que empujé el triciclo contra la puerta de la cocina y otra en una uña de cuando metí el dedo en un molino manual de cacao. Es la mano con la que escribo y al rotar la pluma hacia mí siempre veo la línea que corta la uña de arriba abajo. Y no tengo más, sólo por suerte. Uno de mis primos maternos se quebró el brazo porque hicimos una carrera de caballos clandestina en la que perdí, pero no me caí. De nuevo, tal vez aquí aprendí cosas que luego me han servido para carreras absurdas en las que no ganas, pero al menos te sujetas a la crin lo mejor que puedes. Solitario, caprichoso, maleducado, aficionado a las carreras clandestinas. ¿Cómo no iba a acabar siendo filólogo clásico y poeta?

El espacio tal vez es más importante que la edad. Y lo que, con razón o sin ella, se extrae simbólicamente de él. Nadie vive en el mismo lugar que otro, porque lo reduce a símbolos diferentes. Tuxtla era una ciudad tan poco agraciada como lo es ahora: inventada en el siglo XIX para poner ahí una capital que se disputaban dos ciudades coloniales con solera. Tenía dos cualidades que ahora veo fueron fundamentales para mí: se podía caminar por ella y era relativamente segura, así que a una cierta edad ya se podía dejar a los niños mayorcitos ir solos por ahí. La caminata es el símbolo al que se redujo pronto esa ciudad para mí. Años después, cuando leí el poema de Paz que abre *Árbol adentro*, me sorprendí por encontrar ahí retratada mi pequeña experiencia: “¿Qué o quién me guiaba?” Caminando por las calles en mi última niñez planeaba poemas extensos e intensos que pude escribir mediados los treinta, como *Margen de espejo*, *Campanas subterráneas* o *El jardín de la señora D*. En este caso la metáfora ya es real: los vi ahí y entonces, aunque obviamente no tenía los recursos para escribirlos. Ser joven, si no se es un genio rimbaldiano, es muy frustrante: carreras largas en las que no te caes, pero tampoco ganas. Libros que “ves”, pero no puedes escribir todavía. Afortunadamente, si has sido un niño solitario, caprichoso y competitivo, te aferrarás a esos libros como a la crin del caballo, no los dejarás ir.

Los espacios verdes se vuelven simbólicos furiosamente. Haría falta ser tonto para que un sitio tan extraordinario como el rancho que mis padres tenían en el norte de Chiapas no se me volviera un universo eléctrico de símbolos. Uno se acostumbra por igual a vivir en un lugar normal que en uno extraordinario, eso es cierto, y un niño puede transformar el lugar más anodino en Narnia, pero si es un rancho en el que aprendes a montar a caballo a los cuatro, hay cocodrilos en el arroyo frente a la casa y tus hermanos han tenido por mascota un venado y tu madre una nutria... obviamente es más probable. En las noches de

tormenta los rayos matan vacas que se refugian bajo los árboles y los perros y los zopilotes no las tocan. Hay serpientes venenosísimas que un empleado del rancho ata con una cuerdecita y arrastra como si fueran perritos. Y mi padre olvida la pistola sobre la mesa y un servidor está a punto de matar a su madre jugando a los vaqueros. Con menos García Márquez salió despedido hacia el Nobel y el puño de Vargas Llosa.

Mis primeros libros fueron esos, como no podía ser de otra manera. Cuando mi hermano mayor se fue a estudiar al DF, dejó en Tuxtla un librerito. Durante varios meses me acostumbré a levantarme temprano, hacerme un pan tostado y ponerme a leer esos libros. Había muchos de García Márquez. El que más me gustó se llamaba *Ojos de perro azul*. Creo que es un libro que ya nadie lee y que incluso entonces leía poca gente, fascinada más bien por las iguanas voladoras y el hielo derretido. Es el único libro de GM que me pareció arriesgado. En esa época no sabía que esa era la razón por la que me gustaba. Cuando tuve mi primer dinero propio, resultado de un concurso escolar, me compré tres libros de Vargas Llosa. Es muy importante comprarte tus primeros libros con tu primer dinero. Los leí y me gustaron. Pero lo realmente importante es que me sobraron cinco pesos. Con ellos compré otro libro: *Cobetes, seguido de Mi corazón al desnudo*. Era un volumen de la editorial Premià, colección La balsa de los locos, una editorial que habían fundado en México unos exiliados de la Guerra civil y que publicaba libros raros. Para mí, ese es el primer libro. Baudelaire hizo que todo lo anterior fueran libritos para niños. Unos meses después, envié a la dirección en el DF de esa editorial un pedido. Recuerdo el paquete que fui a recoger a la oficina de correos. Rimbaud, Apollinaire, más Baudelaire y dos Byrons. Compré un pozol en el puesto de la esquina y comencé a leer. No los pude soltar, hasta hoy.

Escribir sin escribir, eso es ser joven. Me pasé varios años imaginando libros cuyas palabras no era capaz aún de poner en fila. Me asaltaba una especie de fiebre y salía a dar largas caminatas en las que seguía “viendo” los libros. Lo que lograba escribir en los papeles era totalmente diferente: una sombra. Me acostumbré a leerlo todo, buscando cómo poder escribir eso que veía. Me puse a estudiar inglés en una escuela privada, francés y alemán en la Escuela de Lenguas de la Universidad que –eran otros tiempos- no alcanzaba a cubrir sus plazas de esas lenguas con universitarios y permitían que cualquiera se inscribiera, aunque fuera un estudiante de Preparatoria como yo. De vez en cuando tengo pesadillas en las que me falta aprobar un examen, siempre un examen más, de esas lenguas en las que, en verdad, lo único que me interesaba era encontrar cómo escribir los libros que me eludían agazapados en una especie de nebulosa que –era joven, creo que ya lo he dicho- comencé a llamar *el futuro*.

Nunca he estado por completo en un mismo sitio, siempre hay una *parte* de mí en otra *parte*. Por eso no podía creerlo cuando encontré un libro que se llamaba *La vida está en otra parte*. Una revelación no: una divisa. La historia de Jaromil, un joven poeta que es, en verdad, una transmutación de Rimbaud. Nunca me he atrevido a leer de nuevo ese libro y no lo voy a hacer, porque estoy seguro que no puedo repetir las (numerosas) lecturas de entonces. Una huida hacia adelante y hacia adentro y al final agua, nada de llamas. La *Ofelia* de Rimbaud, el viajero de Saint-John Perse y Jaromil escribieron mis primeros poemas “decentes”. Yo ponía la mano, pero los escribían ellos. Si alguien tuviera que guiarme por el infierno, el purgatorio y el paraíso, yo sé cuál sería cada cual. Pero nunca volveré a leerlos.

Demasiada realidad. Yo lo que en verdad quiero es olvidar. Me levanto algunos días y quiero olvidar por qué estoy en ese lugar y en otro y en otro. Comienzo a funcionar y la mente se ocupa en

su mecánica diaria y se adormece. Casi lo logra. De pronto una conexión neuronal imprevista, un tramo de electricidad que no debió irse en esa dirección conecta una imagen. Estoy sentado en una mesa de café de una plaza y la plaza se convierte *en otra parte*. Eso me quedó de aquellos libros. Un estremecimiento que de pronto vuelve impoluto y mismísimo. Abro el cuaderno otra vez y lo anoto. Ponerlo por escrito no ayuda a olvidar, pero a estas alturas ya sé que no puedo hacer otra cosa. Mi lugar del olvido son los libros: ahí se queda quieto lo que de otra manera sigue moviéndose alrededor de mí como una nube de avispas que me persigue invisible, preparada.

Pilar Márquez

PACIENTE BODEGÓN

Con Fray Juan Sánchez Cotán

Fray Juan, entre maitines santiguados
y vísperas oscuras
—*Pater Noster, qui es in coelis*—,
desgrana día a día, hora a hora
—*santificetur nomem Tuum*—,
breviario iluminado de quehaceres,
mientras en el taller el caballete
le aguarda con santísima paciencia.

Veámoslo,
como estatuas perspicaces,
calzarse las sandalias, recogido
—*adveniat Regnum Tuum*—,
rozando su tonsura el blanco hábito,
tácito el paso en fila al refectorio,
reguero celestial de bendiciones
musitadas.
La luz del claustro... (¡Ay!, blanca luz fugaz
de imaginarias formas retenidas
en los párpados ávidos,
pospuestos a la hora de taller).
La luz frugal
—*fiat voluntas tua*—,
rayo en bruma disuelto
del tragaluz del muro, aureola
derramada sobre el tazón vidriado

—*sicut in caelo et in terra*—.

...Y hacia ella, la tierra, converge nuestro fraile
con el hermano labrador de turno.

Mirémoslo

afanarse en la labor del huerto,
celado punto íntimo de fuga

—*Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*—,

de par en par trabados los sentidos
en una voluntad multiplicándose
de “*ora et labora* y crea”. (¡Ay! memoria,
retraída del lienzo turbador
por la obediente, resignada espera).

Sigamos

su figura avanzando entre naranjos,
doblada, arrodillada ante el ciprés,
conclusa al siglo y a las apetencias,
roturando barbechos con la azada,
mala hierba arrancando con el sachó.
(¡Ay, tiempo que desvaes y mancillas
los blancos y los ocre, los violetas
tersos, vibrantes, luminosos, puros,
del azahar, la salvia, la azucena, el romero,
feneciendo en su último perfume).

—*Et dimitte nobis debita nostra*

sicut et nos dimittimus debitoribus nostris—.

Dejémoslo

rendido a esa última belleza,
hermosura fragante para ornato divino,
tan sólo perdurable
por milagro de aceites y de impuras
sustancias, consagrados
por guardianes pinceles
en sucio menester.

Dejémoslo gozar humanamente
en la celda que huele a trementina,
a humedad de renunciadas
—et ne nos inducas in tentationem—,
sed liberanos a malo.
...Y aguardemos
el fruto y la pericia de sus manos humanas.

“Ecce opus”:
ese cardo tersísimo y robusto,
blanco con huellas de su nacimiento
terrenal
(¡manos trabajadoras con pincel y escardillo!),
y esas cuatro zanahorias
oscuras de humedad o solanera,
son, pasados los siglos, la obra de un pintor
impresa antes del “fugit” en olla cenobítica,
oración en museo, alabanza
al Altísimo, sus gracias y sus dones.
Belleza sobrehumana.
Arte, no más, profano.
“In saecula saeculorum”.

Sergio Álvarez

CRECER-MENGUAR

Crece, mengua, sentirse una mañana
más grande que la vida y un instante
después ser más pequeño que ese instante.
Crece, llenado el día, como un Dios
enamorado, y luego reducirse
cayendo en un desagüe, diminuto,
como un punto y final
en un desierto blanco.
Crece, mengua, y no quebrarse en medio.
Llenarse de esperanza cada día
para perderla luego.
Abrirse como un árbol, que da todo,
o ser una semilla sobre el suelo,
tan desnuda, que todo necesita.
Crece, mengua, crecer hasta romperse.
Mengua, crecer, mengua hasta la esencia
¿Mas no es así, responde,
el modo en el que late el corazón
y continúa?

Alejandro Belonne Devereux

CAJA DE ACUARELAS

La lluvia de anoche se escurrió calle abajo
arrastrando a su paso basura y colillas,
y unas ratas oscuras, con desparpajo,
me saludan por el hueco de una alcantarilla.

La luna de la esquina ya no trabaja,
la noche fue soplando todas las velas,
lo nuestro se quedó en agua de borrajas,
la aurora abre ahora su caja de acuarelas.

Hay un rumor movedizo cuando amanece,
sobre la ciudad se van borrando los colores
del arcoíris que ya se desvanece,
y en las copas de los árboles se abren las flores.

Las sombras fugitivas huyen de la luz,
se escapan por los toldos y los edificios,
y una alondra que va en vuelo besa la cruz
del campanario de la iglesia de San Patricio.

Salta la verde primavera en flor, de maceta
en maceta, de balcón a balcón
y en la tienda liquidan camisetas
blancas (en rebajas) para hombres de algodón.

Más allá, desde una ventana abierta suben
los acordes de una guitarra española
y una flota de galeones en las nubes
va surcando lento el cielo azul crayola.

En la altura varias parejas de zapatillas
celestes, amarillas y rosa pastel,
cuelgan del cableado como muertas avecillas
o como vieja literatura de cordel.

Un rayo dorado de sol rebota
en el reloj de agujas de la cafetería
y juega como un duende con una pelota
en el tin-tin-tin de la cristalería.

En la esquina está el semáforo risueño.
Los pequeños van de camino a la escuela,
yo por fin llego a casa (sin las espuelas)
y cuento dos, tres, cuatro ovejas del sueño.

Lola Mascarell

LA ALTURA

No es sólo perspectiva
lo que otorga la cumbre a quien la alcanza,
no es sólo ese pedazo de aire y mar al fondo
que intentas atrapar
con el ojo o la cámara,
hay algo más profundo,
más alto que esas copas
de pinos y algarrobos,
que las nubes poniéndose y las luces
de las casas lejanas,
un estado del ánimo
y no una cualidad
moral o metafórica:
la fortuna de ver,
de ser en lo que veo, de ser otra,
más pájaro, más cielo.

Inmaculada Calderón

Sentir en mi carne cual un trigal maduro
la caricia punzante de la espiga
que me hace sangrar en amapolas,
bailarinas al viento de su efímera danza.

Volar hoy en las alas del tiempo
sobre una tenue nube pasajera
a las tardes morosas en que el sol reía
en bulliciosa espera sobre mar salino.

Perderme en el rielar del agua,
bañarme en su estela alborotada,
desnudar piel y alma en un abrazo,
zambullirme en la luz a tumba abierta.

Ser un día y renacer en la palabra
libre del velo que la oculta y tergiversa
Ser, sólo ser, en un existir rasgado
que esparza su aroma al desaliento.

Manuel Neila

SENDAS DE BASHŌ (Invierno)

Se marcha el año.
Y empieza un año nuevo
que ha de acabarse.

*

Primeras nieves.
Las ramas del almendro
han florecido.

*

Sol de la infancia:
dondequiera que vaya,
sigue luciendo.

*

Sendas perdidas.
Suenan flautas antiguas
entre los árboles.

*

Un carámbano
de luna. Y en la boca,
un gusto raro.

*

Muñeca rota:
el agua la acaricia
entre los juncos.

María José Vidal Prado

MISIÓN

Y yo debía construir un mundo
sin ti, pero contigo.
Y yo tenía que elegir un centro
para la rotación de la nada.

Enlazando recuerdos y delirios
para que el sol brillara sobre ti
y tuviera la luna cuatro fases,

para que en tu ventana inexistente
vieras con esos ojos que no tienes
la perfecta armonía de los astros.

Para que tú creyeras que vivías,
yo tuve que inventarme tantas cosas
que hasta a mí me inventé.

Eva Vaz

LA MUÑECA

Soy una muñeca hinchable.
Por mi boca, siempre abierta,
los curanderos de la seguridad social,
los terapeutas salvavidas,
los socorristas de las piscinas,
los jardineros y los electricistas
meten:
amitriptilina y medacepam
y mirtazapina y alprazolam y paroxetina,
y una polla y un teléfono y una lámpara.

Y mi estómago me esconde los libros
y las sartenes y la despensa y los platos.
Y los dientes.
Todo para ellos, qué solidaridad.

También esconden mi fe en la vida,
pequeña y privada,
la vida mínima: mi pequeña isla
soy yo.
Soy
inundada de pánico,
asustada,
como las muñecas hinchables
que tampoco pueden cerrar
los ojos.

Julían Herbert

MANUEL BANDEIRA ME LLAMA POR COBRAR

Así quisiera yo mi último poema:

Los narcococos cayeron en Jujuy
(dodecasílabo neobarroso to-
mado de un periódico);
navaja negra el derecho de Caín;
trabaja dos de piel;
nadie hablaría de ángeles
si las nubes portaran armadura;
la fantasía es un lugar en donde llueve;
el plagio es otro lugar en donde llueve;
la lluvia es un lugar fantástico desde un ángulo recto.

Así quisiera yo mi último premio:

que viniera con muchísimo dinero
(dodecasílabo didascálico y feraz),
que tuviera la llama de los diamantes
que se suicidan casi sin perfume
y la pureza de las cosas
que sollozan sin explicación.

Así quisiera yo mi último amor:

que fueras tú,
que fuera un aguamala,
que fuera el tren transparente del mezcal,
que fuera el lujo marchito de beber a solas,
que fuera mi hijo menor con el cabello cortado a lo mohicano
y con un hacha,
que fuera lento,

que me diera suficiente oscuridad,
que tuviera chispas de tigres debajo de las uñas,
que fuera mi rehén y se callara.

Así quisiera yo mi último cuerpo:
arrodillado,
vacío de dolor,
pidiendo una limosna
en el umbral del dolor.

Aníbal Cristobo

CHINA SE ENFRÍA

[el esquiador abandona la escena]

con náuseas
la subasta de todas las cartas a sus discípulos en una galería

con los pulmones antes de la leyenda
o miles de kilómetros para ver una foto borrosa

un graznido en el jardín

si recurre a la única profecía posible
o si China se enfría

[el traje del pianista]

es plateado
cuando China se enfría
—repatria a los caídos este verano en Fantástico Beach—

lo que vemos ahora es un ojo de pez: un obrero
en el estadio olímpico

millones de hojas secas
no pertenecen
a ninguna acción colectiva

si pasa un autobús de un color tropical
mientras China se enfría

[los años locos]

mi madre
una de las últimas trabajadoras sexuales
del Estado Independiente Chino
reconvertida en montadora de perros

mi padre
uno de los últimos rehenes
del movimiento hippie chino

encerrados en una Nochebuena
en un ascensor socialmente inmóvil
con toda la confianza de esos años locos

[un doble]

ahora tiene mucho éxito
con las palabras
en la escuela de Zhengdu

pero aquí se arruinaba
para montar una conversación

no hace falta gritar
a los viejos
casi siempre los manda a las islas inútiles

con miedo en un contenedor
le puede tocar impartir instrucciones
“cómo actuar
en caso de que China se enfrie”

José Manuel Vinagre Lobo

PRINCIPIO Y FIN

Ésta podría ser mi muerte.
Recuerda una calurosa noche de agosto,
En una tierra del sur.
Mujeres solas presurosamente corren
Por pasillos oscuros, al atardecer.
Es una casa andaluza, con jazmines
Y alargados celacantos.
Alguien lleva salpicándose el delantal
Un aguamanil al cuarto,
Donde mi madre se retuerce entre almohadones.
Una voz lejana de las islas
Avisa del regreso de una alondra casi muerta.
Es mi padre que vuelve precipitadamente
Del fondo de la historia.
Luna nueva hay en el rostro
Apagado del espejo.
Para un niño que nace sin saber
El fin de las palabras.

Saúl Ibáñez

DIAPOSITIVA

Son las once de la noche pero parece más tarde,
él le quita confeti del pelo a ella,
que parpadea y deja caer dos lágrimas.
Mientras le seca las mejillas se pregunta
si ese es un momento para siempre,
si debe raptarlo para el canto.

R E S
E Ñ A
S

Luz de la esencia

TOMÁS VALLADOLID BUENO

Jesús Cárdenas (textos) y Jorge Mejías (ilustraciones)
Raíz olvido
Maclein y Parker, 2017.

En la primavera de este año, la editorial Maclein y Parker publicó el libro *Raíz Olvido* cuyos autores son el poeta Jesús Cárdenas y el pintor Jorge Mejías. Esta magnífica y bella obra cuenta con un prólogo muy bueno de Ana Gorriá. Para quienes estén dispuestos a escuchar los rumores que va dejando el tiempo, aquí tienen una excelente oportunidad para ponerse a prueba. Ahora bien, sepan de la advertencia poética con la que serán recibidos en la misma puerta de entrada: «No se sale indemne de aquí. / Todo lo verdadero tiene un coste.» A esta prevención del poeta Jesús Cárdenas, añado la sugerencia de que no se tenga esta obra por una yuxtaposición de dos libros: uno de poemas y otro de pinturas. No estamos delante de un dos en uno ni de un *pack* al uso. La unidad y la diferencia, internas a la unicidad del libro, se resisten a ser entendidas fácilmente.

La cuestión relativa al vínculo entre pintura y poesía no es nueva. Algunos artistas chinos del siglo XI ya disputaron sobre si en cada poesía hay una pintura o viceversa. Recordemos, a su vez, algunas conocidas opiniones de tres personalidades relevantes de la historia cultural. Para Horacio, «una pintura es un poema sin palabras»; mientras que para Leonardo Davinci, extendiendo la mudez a la ceguera, «la pintura es poesía muda y la poesía pintura ciega». Y de entre los grandes pintores modernos, no es menos interesante la siguiente consideración de Picasso: «La pintura es poesía; siempre se escribe en verso con rimas plásticas». Dicho esto, para prevalernos de algunas ideas, en el caso de *Raíz olvido* tal vez pueda hablarse de un libro de pintura poética, ya que primero fueron los poemas, y después las pinturas, sin pasar por alto que estas trasformaron las originales poesías, por lo cual también podríamos de-

cir que esta poesía es, en cierto modo, poesía pictórica. En todo caso, es un libro con un encuadre y una composición determinadas que no autorizan a separar demasiado los motivos poéticos de los pictóricos, pero tampoco a que los confundamos en una diluyente fusión estética. No es un libro de poemas visuales, ni tampoco de glosas poéticas con trazos de pintura, ni tan siquiera resulta una homología o analogía entre artes diferentes. Además, no estimo que la obra consista en una traducción de lenguaje poético a un lenguaje pictórico. Y, por supuesto, este libro no es un libro de poesía ilustrado con pinturas. ¿Podríamos hablar tal vez de una pintura que emerge de un nacer pictórico que hace rebrotar una poesía previa?

Se me hace razonable pensar que estamos ante un peculiar caso de lo que se ha dado en llamar, por varios escritores, «el ojo que escucha». El poeta ve escuchando y el pintor ve escuchando la escucha que, en propiedad, es la visión del poeta. El poeta lee la realidad y el pintor lee la lectura del poeta. Ya Quevedo, en un conocido y comentado soneto, habló de la lectura como si esta consistiese en escuchar con los ojos. Decían así los dos cuartetos: «Retirado en la paz destos desiertos, / con pocos, pero doctos libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos / i escucho con mis ojos a los muertos. // Si no siempre entendidos, siempre abiertos, / o enmiendan, o fecundan mis asuntos / i en músicos callados contrapuntos / al sueño de la vida hablan despiertos.»

El ojo que escucha nos acerca a lo que de temporal hay en la verdad, porque en el tiempo es donde se va diferenciando, separando, multiplicando, desplegando, la esencia de la realidad. El ojo que escucha es el ojo que trata de superar los límites del ojo que ve la realidad a través de esas imágenes que siempre se limitan con su horizonte de sentido. No es raro que Jesús Cárdenas hable de una poesía en busca de lo esencial, tras la frontera del silencio, es decir, más allá del horizonte de las imágenes. Lo que se siente en la visión que escucha es algo exterior en la esfera del infinito y que habla con la «elocuencia del si-

lencio», del silencio de un tiempo primordial solo visible o audible bajo una óptica de sinestesia, y que no puede ser recuperado por la reminiscencia del recuerdo, sino por una quiebra de la memoria. De ahí que el ver poético y pictórico consista en escuchar el crujir del desgarrar de la realidad, o sea, del tiempo que se escucha como una luz resonando en la multiplicación del instante original, en el que este se desparrama en un caudal de esencias. Una luz que resuena como silencio del tiempo, luz que solo puede ser vista como luz audible.

De hecho, no tenemos por casual que Ana Gorría elija una cita de la poeta uruguaya Circe Maia para encabezar su espléndido prólogo: «Si decrece la luz, se oscurecen los ruidos». En este sentido que venimos proponiendo, *Raíz olvido* no es solo la muestra de imágenes poéticas-pictóricas que objetivan una realidad con la ayuda de figuras, símbolos, representaciones, tonos, colores, pinceladas, etc. Los rayos de luz que, en este libro atraviesan la fronda del mundo y de la vida, dejan oír la metamorfosis del color, el paso de los sonidos y el transcurrir de los objetos. Y ese entretanto en el que acontece lo real entre poesía y pintura, en verdad, es el tiempo cuyo rumor da elocuencia al silencio. Por eso, de acuerdo con el poeta, pienso que este libro es un libro, «tras la frontera del silencio». Poemas y pinturas son la visión que escucha la luz que irrumpir por la hendidura del tiempo. Escuchemos, pues, con la lectura y la mirada.

Las ruedas y las alas

JUAN LAMILLAR

José Carlos Rosales
Si quisieras podrías levantarte y volar
Bartleby Eds., 2017.

Frente a la facción poética de los que escriben poemas que después organizan para formar un libro, existe la de aquellos que

conciben el libro como libro y a ese empeño van dedicando tiempo, reflexión y poemas. A esta última cofradía pertenece, sin ninguna duda, José Carlos Rosales, con el *agravante* de que él no piensa en libros sino en ciclos.

El primero es el que se abrió en 1988 con *El buzo incorregible* y alcanzó su sexta entrega y su final con *Y el aire de los mapas*, de 2014. Este *Si quisieras podrías levantarte y volar* supone para Rosales el comienzo de un nuevo ciclo que pretende acercarse más a unos relatos “que justifiquen las razones y conclusiones poéticas” y en el que incluso los títulos, como el del presente libro, sean más extensos, “una frase cuyo sentido no conoceremos del todo hasta no leer los poemas”.

Lo primero que hay que destacar de este libro es que se trata de un único poema, de marcado tono narrativo, dividido en veinticinco partes encadenadas, cada una con su título correspondiente, ya que van contando las peripecias de su protagonista en una segunda persona gramatical que sirve convenientemente a los desdoblamientos del yo.

Aunque la intención del autor sea la de comenzar una nueva aventura poética, no por ello dejan de estar presente en estas páginas algunas de las líneas maestras de sus últimos libros: el miedo, la huida, el vacío, ni se apagan del todo sus coordenadas poéticas, centradas en dos figuras: la del viajero o fugitivo, la del enfermo o prisionero: seres que habitan un mundo ajeno y extraño, desde la quietud o desde el movimiento.

El vuelo de su título, que se repite a lo largo del libro como un *leit-motiv*, viene avalado (*avuelado*, podríamos decir) por la citas iniciales: tres clásicos (Juan Boscán, Luis Carrillo y Sotomayor, y el conde de Villamediana) y un contemporáneo tan representativo como Luis Cernuda. En alguna de sus partes nos llegará el eco de Auden a través del cuadro de Brueghel, “La caída de Ícaro”. Poesía, pintura y mitología en un juego de espejos.

Consecuentemente, el primer poema se titula “Las alas”, con su referencia al albatros de Baudelaire: esas alas gigantes que le impiden vivir, y esos primeros rasgos que nos van presentando al personaje poético que va a protagonizar la aventura. El cansancio vital

y la soledad con los que acaba el poema inicial se nos dibujan con más nitidez en los dos siguientes: "El timbre de la puerta" y "El teléfono", con su defensa de la intimidad frente a lo exterior, frente a lo persistente como molestia o amenaza.

El timbre de la puerta se duplica en el timbre del teléfono. La puerta no se abre, el teléfono no se contesta, a pesar de la insistencia: "no quieres ver ni que te vean" y con ese sigilo (ascensor hasta el garaje que evita los saludos) nuestro personaje alcanza lo exterior. El coche, el otro protagonista de la acción, cobra su lugar, mientras asistimos a una constatación de la omnipresencia de los motores, deteniéndose en los electrodomésticos hasta llegar a la conclusión de que el mundo es un motor, de que la vida es movimiento.

La gasolinera como primera parada de consumo: chocolatina, periódico... Comienza un clima de desolación, subrayado por el espacio —la impersonalidad de la autopista— y por el tiempo: una tarde de agosto. Ciudad desierta, mundo detenido. Una mirada a las mentiras de periódicos que acabarán en hemerotecas: se han llevado "el brillo de los días, el fulgor de unas horas" y por ello sus páginas acogerán a los insectos.

Continuamente se nota la importancia de la mirada: "Te pareces a las cosas que miras / y las cosas que miran se vuelven como tú". Hay un cruce de miradas entre el personaje que desde el pretil de un puente observa los trenes desatendidos que son ya material de museo, y entre los policías que miran el coche (no precisamente nuevo) aparcado en la acera. La negativa del protagonista a reconocer su propiedad y las dudas policiales ponen en marcha la acción, que se permite una reflexión sobre los sitios de donde uno no se va, adonde uno no regresa: "animal encerrado que recorre su jaula" (¿Cómo no recordar la pantera del poema de Rilke?)

El coche se lo lleva la grúa, "igual que se ha llevado tu vida la desgana", y entonces hay una desposesión, un "no buscar nada" del poeta que procura, sin conseguirlo porque es un extraño en el sistema, que sus pies encajen "en la cuadrícula del mundo." Hasta que el poeta rescate su coche mediante el robo y se

convierta en un perseguido, entramos con él en lugares de claro simbolismo. El primero es un bar, pero aunque su deseo es volar, desciende a los servicios, al sótano, sin ahorrarnos la descripción del abandono: cisterna que gotea, cervezas apiladas, calendarios anacrónicos... Los despojos del mundo, la dejadez del mundo.

Tras la subida de las escaleras, con mención del fracaso de Babel, llega la permanencia en el bar, donde reflexiona sobre esta sociedad que sólo se interesa en lo que tienen, no en lo que son, las personas, y su ajetreo de cartas y documentos y firmas... Frente al periódico, la cabeza no existe: sólo existen los ojos, que son los que se enfrentan al predominio de las imágenes. Por eso se buscan las palabras aunque sean las que se nos exigen para completar el crucigrama. Y se presenta el absurdo: no puedes volver a la casa porque las llaves están en el coche.

Del bar, un sitio de convivencia, de un cierto grado de socialización, pasamos a otro refugio: el ambulatorio, otro lugar de paso en el que enfermo y turno son imaginarios, aunque hace suya la espera de los ancianos y las familias. Nos hiere ese tiempo sin fondo de las salas de espera, punteado aquí por la lámina de Brueghel que representa la torre de Babel, ese "afán humillado de los hombres". Quiebra de Babel que se relaciona con el fracaso de Ícaro.

De nuevo en la calle, contempla el escaparate de una tienda de muebles de oficina: muebles obsoletos, porque ya las oficinas son virtuales o están en una isla perdida del Pacífico... En la calle recuerda también "el laberinto de la infancia", los consejos que siempre comienzan con el no: desde no toques los enchufes hasta no le digas a nadie que estás solo.

El personaje que miraba los trenes abandonados contempla ahora, en el depósito de la grúa, los muchos coches sin reclamar, "la explanada como un museo a la intemperie..." Tras robar el coche, asistimos a una repetición: como al principio, está en la autopista pero ya se ha convertido en un ladrón, en "el hombre que robó su propio coche", como pregona la emisora local. El solitario,

ahora exhibido, conduce sin destino, convertido “en un fantasma escondido que recorre la soledad”, esa soledad del principio: ni puertas, ni teléfono. Se repite también el abandono del coche: “todo tiene un final menos tu miedo”.

El hallazgo por la guardia forestal de un coche abandonado (un Simca Aronde) aparece en el periódico, que el personaje lee en el bar, como en un bucle que se va repitiendo... Y el largo poema acaba con la intervención ajena: un empleado de gasolinera que traza un retrato de sus costumbres, hábitos, consumiciones... En esta última parte, es el yo, la primera persona, la que se despide y regresa a la calle cuando “la noche comienza otra vez a ser fría”.

Me he permitido ir desvelando este esquema incompleto de los hechos que nos presenta José Carlos Rosales porque supone una mínima aproximación a la complejidad del libro, es sólo la trama sobre la que se levanta este poema extenso que aúna vértigo y reflexión, que disecciona carencias e imposiciones de la sociedad contemporánea.

Si quisieras podrías levantarte y volar es un libro valiente y extraño, una narración que se acoge a los recursos de la poesía que son necesarios para su proyecto. De ahí que estemos ante una poesía directa, conversacional, que va dibujando las vicisitudes y contradicciones de un personaje que quiere mantener la lucidez en este laberinto, de un buzo que, incorregible en sus aspiraciones, pretende, nada menos, que alzar un vuelo anhelado pero casi imposible.

Profiteroles

CELIA LÓPEZ MUÑOZ

Lutgardo García Díaz
La llave misteriosa
Renacimiento, 2017.

Imaginemos que “sobre el cristal del mundo” (p. 67), a modo de bandeja, se ofrece un ramillete de exquisitos dulces, todos. Uno no sabe

por dónde empezar. Esta es la sensación que se tiene cuando se comienza la lectura del último libro de Lutgardo García Díaz.

Decía Hegel en su análisis de *El Orlando Furioso* que las metáforas y las alegorías muestran la falsedad de los sentidos y juicios humanos. El poeta está casi obligado, pues, a reinterpretar la realidad. *La llave misteriosa* lo consigue acercándose de manera mítica al recuerdo del otro. A diferencia de *La viña perdida* y *El lugar de lo sagrado*, sus libros anteriores, aquí la memoria ajena de hechos pasados pero vívidos se hace presente en las palabras del poeta-vate que construye diversos minimundos a la manera del mejor Darío. Para ejemplo, el poema que articula todo el conjunto “La llave de oro” y que bosqueja un microcosmos artúrico a imagen de la isla de oro de *El coloquio de los centauros*: Antonio Mairena, rey, en la página cincuenta, una nada casual ubicación teniendo en cuenta las casi cien páginas del poemario.

La poesía, además, siendo el espacio de lo ilimitado, se permite aquí escoger entre un buen repertorio de figuras del cante, el baile y el toque. Si bien es verdad que “nunca llueve a gusto de todos” (si Gabriela Ortega levantara la cabeza...), es indiscutible la factura artística de cada una de ellas. Desde Franconetti hasta José Valencia; algunos desconocidos para advenedizos aficionados, otros señeros como el ya mencionado Mairena, Manuel Torre, Juanito Mojama o Tomás Pavón.

Es la mirada de García Díaz como la de Huidobro, aquel niño que parece descubrir el mundo por primera vez (“yo he visto”) y así nos lo cuenta en un acto de generosidad infinito. Aquellos a los que el flamenco nos transporta y no tenemos referencia de este cosmos más que en lo que oímos y se va publicando, agradecemos esos ojos que traen al presente a Lorca escuchando a través del teléfono a Manuel Torre, a Mairena en Londres o la muerte de Manolete en un periódico del día.

Aun así, se ha colado su propia vivencia: no podía faltar el tributo personal del poeta al arte. “El número cuatro” y “Cantes de Jerez” son dos poemas deliciosos que huyen del casticismo y nos ponen al poeta en su presente. Tal es el poder del flamenco como modelador de almas que no se resiste a pedirle a Santa

María de la Albores que conserve “estas voces del pasado (...) pues el tiempo no tiene ni principio ni fin”. Pide incluso, el poeta, que siga poniendo el arte en boca de los niños por generaciones. Es este un poemario para trabajar directamente en un aula también por su estilo orfebre de la lengua: *hiñen, alborada, áncora* conviven con *carburo, telera, mientes o casapuestas*. Aunque donde se destila la miel de esos dulces exquisitos es en la metáfora. Recordando el *Lunario sentimental* de Lugones se encuentran bellísimas imágenes que tienen que ver con las estrellas, el cristal o la luna, como cuando Mairena sumerge su grito en el “agua templada del vientre de las madres que en el reloj lunar agotaban las horas”.

Sin querer descubrir del todo el misterio, el lector, guiado por su instinto y su deleite, irá degustando. Solo queda desear *Bon appétit!*

Hacia otras rutas

JUAN CARLOS ABRIL

Esther Muntañola

Comiendo de una granada

Prólogo de Marisol Sánchez Gómez

Bartleby Editores, 2017.

Excelente sorpresa este *Comiendo de una granada*, de Esther Muntañola (Madrid, 1973), poemario que desde su título remite al mito de Perséfone (o Proserpina) —y a su malevolismo—, ya que la hija de Deméter (o Ceres) sabía que si probaba un solo grano del fruto no podría volver a la tierra desde el inframundo. Aun así el mito, que tanto inspiró a la antropología filosófica, espolea otros temas, pues por un lado se aborda el tema de Europa, en su complejidad histórica, la horizontalidad de su eje social y su encrucijada actual frente a las migraciones y refugiados («En el mar que nombramos nuestro / encallaban personas que no llegarían a Europa / huyendo de la barbarie», de «Comenzamos el otoño», p. 24); y por otro lado se aborda el asunto del amor, de las relaciones íntimas y sentimentales («Comenzamos el otoño / comiendo de una

granada, / otra vez el tiempo acelerándose / jinete vacío. [...] Así comienza este otoño / que fuera no promete nada, / y temo al invierno por ellos, / al hambre, a la locura del dolor. / A la falta de amor en los ojos de los hombres.» (ibíd.).

De este modo la preocupación de lo colectivo marca el tono general del conjunto, pero no de manera plana o sencilla, sino trenzada alrededor de una preocupación individual. O viceversa. Ambas se estructuran en torno a una concepción humanista del amor que ve en el otro la necesidad del diálogo, concibiéndose al hombre como ser social. Tal y como señala Marisol Sánchez Gómez en su lúcido prólogo a propósito de las «rutas interiores» y las «rutas exteriores» del libro (pp. 9-10), *Comiendo de una granada* no tiene partes sino que se articula por temas, y además no simétricamente, a saber: las «rutas» europeas, «Ruta de los Balcanes» (p. 29), «Ruta del Mediterráneo oriental» (pp. 34-35), y la «Ruta del Mediterráneo occidental. Playa del Tarajal» (pp. 53-54), son algunas de las líneas que se trazan. «Cuando era niña me gustaba / la palabra “cifra”. / En mi mente / servía para hablar de estrellas, / de secretos, de todo lo bello que no podía / ser comprendido / enteramente. / Ahora / las cifras son números y no esconden misterios. / Son muertos / y se derraman con la lluvia.» (p. 35). Transido por estas perpendiculares en el mapa, esta suerte de cartografía social tiene su dialéctica en la cartografía individual del sujeto verbal, del sujeto poemático, que —dejémonos de monsergas teóricas— viene a corresponderse con la autora. Se desgrana en este sentido una particular historia sentimental localizada a partir de diversos lugares y diversos momentos históricos, los abuelos, las historias familiares, la Guerra Civil, los emigrantes, la infancia en Asturias... como en «Maíz» (p. 37): «Cuando llegaba a la lluvia el frío / mamá / freía tortos de maíz. / Mi hermana y yo / deseábamos ir al molino a por harina, / era un molino de agua con sus palas de madera / que alimentaba el río.» (ibíd.). O el estremecedor recuerdo de la abuela en «Cuchara de madera» (p. 44). Surge aquí también otra dicotomía que habla al mismo tiempo de Europa y de la aldea asturiana, revitalizando los Cultural Studies, propuesta

poética que, por cierto, se viene practicando en los últimos años.

Paralelo a esto, llama la atención el uso del lenguaje al acercarse a la naturaleza, a los objetos (lejos del esencialismo fenomenológico), a la manera de nombrar, desarrollar las tramas argumentales y la utilización de los referentes, impregnando a esta poesía de un poso descarnado resalta —y choca por contraste— por sus texturas líricas y sociales, tiernas y duras, suaves y violentas; sus combinaciones cromáticas, o las referencias al cuerpo: «En el blanco teñido del cielo / rodeo el aire hacia la nada / y me adentro, sin prisa, / en este invierno, con mis dos ojos.» (de «Lugar», p. 41). O como por ejemplo en «Canal» (p. 48): «En la quietud / oigo al pez que roza / el matorral de ortigas.» (ibíd.). Hay un acercamiento material que proviene —al parecer— de otras disciplinas como el dibujo, la pintura, la escultura, etc., y en ese sentido esta poesía se nutre de ese intercambio plástico, de ese mutuo entendimiento. En relación al cuerpo habría que decir que es uno de los grandes hallazgos de este poemario, tratado sin marca, es decir como ser humano, y presente en todo lugar. Cabrían aquí muchas y felices citas. O sobre la poesía: «Antes que el trazo, / la sombra sobre el papel, / como el cuerpo es amapola / antes que piel o carne / y el poema asombro, silencio, espacio / antes que palabra.» (de «La sombra sobre el papel», p. 28). Vemos cómo confluyen los temas de manera interdisciplinar en torno al cuerpo y la poesía, cómo Esther Muntañola posee una mirada artística sincrética en la que la composición va más allá de las técnicas y los géneros literarios. El mismo poema concluye así: «Qué frágiles, / absurdos, hermosos, / nosotros, / descando perdurar en lo mutable, / en lo incierto y voraz, / definición de duda... / Así que amémonos, / dejemos al tiempo hacer lo suyo, / sólo somos pequeñas lumbres / al aire de la noche.» (ibíd.).

Los lectores podrán descubrir muchas cosas más, si se acercan a este poemario. En cualquier caso, *Comiendo de una granada* se presenta como un libro interesante y actual, imprescindible y atractivo, rabiosamente atractivo para los que le piden a la poesía algo más que palabras bonitas o discursos deglutidos,

lejos de las consignas o los caminos emocionales ya transitados en la comodidad del sillón y la taza de té. Toda una sorpresa. Todo un descubrimiento.

Perfecto equilibrio

JESÚS CÁRDENAS

Jesús Aparicio

Arqueología de un milagro

Ruleta Rusa Ediciones, 2017.

Al celebrar la vida, la luz del Omega, el punto de arranque desde cero, se pone el foco de atención, irremediablemente, en el instante de un tiempo y un espacio en el que la luz se detiene y brilla con fulgor insuperable. Así se presenta el undécimo libro de poemas del briocense Jesús Aparicio González, *Arqueología de un milagro*. Se trata de un poemario que ensalza la vida gracias a la búsqueda y hallazgo del ser y de la palabra.

Sólo una escueta dedicatoria al lector y una cita de Basilio Sánchez, que ayuda a complementar el significado del título del libro, cuyo membrete nos pone en situación ante lo que podemos encontrarnos: no sólo revivir el tiempo perdido de la infancia delante del espejo, sino profundizar en lo más adentro hasta encontrar el verdadero sentido de las cosas, el poder atemporal de la naturaleza frente al fluir finito del ser humano; cualidades destacadas de la poesía de William Wordsworth y de Luis Cernuda. En ese enfrentamiento con uno mismo, nacen las palabras. Pero al poeta no le vale cualquiera. No todas son dignas o precisas para apresar el alma de lo natural, de aquello que renace y brota una y otra vez.

Tras distintas entregas líricas (*Con distinta agua*, *El sueño del león* o *La paciencia de Sísifo*, por nombrar sólo algunas), el discurso poético de Aparicio González adquiere gran solidez lírica y aquilatado sentido del ritmo en busca de la fusión de lo natural y lo humano, hallazgo que resulta inefable, de ahí que el sujeto vuelva sus ojos hacia una claridad sumergida, como pretendía uno de sus maestros, el poeta

de la claridad, Claudio Rodríguez. Varios son los sustantivos que podemos identificar con la forma de construir los poemas de *Arqueología de un milagro*: soledad, silencio, lentitud..., nombres con los que definimos no sólo el punto de vista de su creación sino también el de la recepción poética. Y esto nos pone en la senda de quienes labran una trayectoria más que digna desde la honestidad y la valentía más absoluta, como se nos dice en el poema «Nieve»: «he empezado a andar / echándome a la espalda / las sílabas del día», o en «Un salmo ante la tumba de Camus»: «que sólo hay dos caminos / para los valientes: / el suicidio o la esperanza».

Una sucesión de setenta y ocho poemas breves, que no supera la veintena de versos, ocupa la perplejidad de los instantes cotidianos que reconquistan el espacio y escalan la línea del pasado hasta llegar a la del presente, como puede verse en «Predicciones»: «Anteayer, hoy nevaba. / Ayer decía lluvia. / Ahora el sol nos deja fríamente / su última palabra / y tú no sabes nada del mañana.»

Esa misma incertidumbre ante el futuro es revelada al final del poema «Noche en charca helada»: «¿Conocerán tus ojos esas luces / que se guarda la luna nueva». Esos poemas encajan con una línea de la poesía llamada *poesía de la incertidumbre*. En todo caso, forman parte de una línea existencial que se ocupa de meditar y comunicar las relaciones inestables del sujeto con el fluir del tiempo. Sin embargo, la poesía de Aparicio González se colma del gozo de ser.

La emoción embarga, en ocasiones, al sujeto poético que contempla la naturaleza desde el extrañamiento ahondando en la visión contemplativa pero descubriendo espacios comunes donde se mueve el ser y ve transitar la vida. A este respecto, cabe nombrar el poema «Vuelve Yeats», donde propone la huida de la ciudad al mundo natural. Esa sencillez, que dota de coherencia al conjunto de la obra, nos concita. Así, se nos dice en el poema «Resurrección»: «Hay quien hace posible mi jardín. / Cuando un niño despierta empieza el mundo».

Lo contemplado se vuelve emoción primera porque el sujeto poético entiende la relación del ser consigo mismo, con la naturaleza

y con el lenguaje por las riberas del milagro. Tal entendimiento nos pone en la órbita de la poesía de San Juan. Aparicio González abre las ventanas y su mirada alcanza desde el trabajo de las hormigas, el canto del gallo, el crecimiento del árbol, pasando por el paso de una nube, la caída de una hoja, la huella que se deja en la piedra, el vuelo o el canto placentero de las aves, hasta conmoverse con la luz, el viento y la lluvia, porque promueven, milagrosamente, los nuevos brotes. Esos instantes dan cuenta de un aquí y un ahora revelándose en distintos poemas, incluso en alguno, donde se cultiva la asonancia en los pares, así en «Un juego a mi manera» y en «Cancioncillas con agua», quedando bastante bien reconocidos, en los haikus y senryus que conforman los poemas «En lo que nombras», «Progresivas», y «Tres haikus en el paseo»; esas formas japonesas, provenientes de la mística oriental, aparecen integradas en «De la duda y la doma» y en «Un salmo ante la tumba de Camus».

El núcleo del proceso creador radica en el hecho de salir de casa, en caminar para descubrir las revelaciones del mundo en la naturaleza, como sucede en el poema «Las afueras». Pero no se engañe el lector, este camino es interior porque el poeta se enfrenta a la rutina del trabajo pensando en lo que de verdad le llena y amplía: «Y está ese verso / como germen de trigo, que te llena / de su milagro». Entonces, comprendemos cuál es la verdadera lucha del poeta, la de hallar la palabra que rompa la incierta soledad de la página en blanco. Lo primero es cómo se revela: «Un poeta silencia sus canciones, / en lo oscuro de un hueco entre las sábanas»; la palabra se revela de madrugada: «a esa palabra limpia que germina / bajo un sedimento de olvidos»; pero no siempre se logra, de ahí el miedo a las páginas en blanco, pues es un modo de alejarse de su entorno y, al mismo tiempo, una manera de protegerse ante la prisa de la vida y de los adelantos tecnológicos; y en otras, se muestra inefable («una palabra que abra este enredo»); el poder de la palabra es genésico, pues todo renace cuando se nombra, y la escritura se convierte en una forma de conocer su entorno y conocerse, y también en un me-

dio de escapar de la dura cotidianidad, como ocurre en «Algo normal» o en «Vuelve Yeats», a fuerza de armarse de paciencia: «el brillo de un tesoro entre los dedos / te deslumbra y desaparece».

Asimismo, el sujeto mide su distancia con el cielo, esa distancia inabarcable en la que el sujeto se coloca ante la nada. No es dulce sencillez los caramelos de estos versos; van bien envueltos por distintos recursos, entre los más habituales cabe destacar: la paradoja («¿Qué es lo más cierto y lo que nunca se sabe?»), la metáfora pura («para entregarme al lobo del olvido»; «Somos hijos de un árbol»), comparaciones («como ese viento que acumula hojas por los rincones»; «hoy soy como la hierba / libre y asilvestrada»), elipsis («La música del agua / y de una antigua herida»). Todos estos recursos ayudan a la consecución de la idea pero también a mantener la sonoridad a que el verso fluya. Véase, por ejemplo, los poemas con varios versos encabalgados, donde la máxima muestra es el poema de once versos, «Soberbio en horas bajas», sin ninguna pausa al final de los versos.

Como muestra de su preocupación por el ritmo endecasílabo, en especial, heptasílabos y endecasílabos, que predomina a lo largo de todo el libro, puede verse en los poemas «Luz de marzo», «Ya», «Himno de un miércoles», «Luz y pájaros», entre otros.

Así, cualquier lector podrá entender que en el libro *Arqueología de un milagro* no sólo importa qué nos dice, sino, sobre todo, cómo se nos dice; en el perfecto equilibrio de ambos niveles, fondo y forma, se halla el talento y la sutileza de Aparicio González.

Lengüetazo en la Historia del Hombre

JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA

Cuauhtémoc Méndez

Uso y abuso/ Peso neto (1974-1976)

Prólogo de Pedro Damián Bautista

Ediciones Sin Fin, 2017.

El sentido de un libro surge, tal vez, de la manera en que sus páginas se reflejan deliberadamente y se refractan unas a otras: las mejores, casi siempre, declaran la fe eterna en la literatura como un modo de vida. Leer los poemarios *Uso y abuso/ Peso neto (1974-1976)* supone asistir al registro hermético de alguien dispuesto a perseguir obstinadamente la futilidad, en lugar del triunfo en los términos establecidos. La colección es la crónica de la lucha de un joven escritor, el poeta infrarrealista (México, 1956 - Morelia, 2004), contra sí mismo y contra la poesía.

“Me propongo demostrar/ que aparte de las luchas sociales/ existen vidas íntimas” (“Confieso:”). Misterios insolubles y mitos literarios configuran una literatura febril, consciente de la amenaza inmisericorde del silencio: “Hoy tocar una nalga no es más/ que tocar una nalga: / solamente música para enamorados” (“Hoy la garganta es un tobogán abollado”). Podrían leerse los poemas primeros de *Uso y abuso* como una oración por algo que se cumplió hace tiempo. Asistimos al paisaje después de una batalla: “¿Qué es, a fin de cuentas, / mi historia y mis situaciones personales, / sino un lengüetazo en la Historia del Hombre” (“Sobre mí”). Esa lectura, sin embargo, ignoraría lo más excepcional y distintivo de este poemario que es, en esencia, una promulgación del fracaso como prueba de resistencia, coraje y lealtad a la propia originalidad. Difícil no leer esta poesía sin la sensación de que ha sido escrita por un hombre que trata de escapar a la muerte: “La belleza ha dejado de ser un ataque de epilepsia/ y sólo nos queda la lujuria degollándonos como a guajalotes/ el doce de diciembre” (“Discurso de mediacalle”).

La forma más cercana a las composiciones de la última colección del mexicano, *Peso neto (1976)*, serían las variaciones musicales, donde las imágenes se llaman unas a otras, de diferentes maneras cada vez: “Escondrijo del resentimiento social, / mi corazón es el nido del amor a mis semejantes” (“Peso neto”). Si surge un todo, lo hace lejos de los patrones de asociación y alusión idiosincráticos. El progreso, el clímax y la reconciliación se

resisten a cada verso: “miré una página de anuncios / y encontré lo que decía:/ “Corazón: 15 mil o 20 mil dólares/ Hígado: arriba de 150 mil por rebanada” (“Hojeando una revista pornográfica”). A veces el estilo da lugar a fragmentos desunidos, ofrecidos en citas, que se leen como líneas salvadas de intentos igualmente fallidos: “No estaré más/ y mi boca será/ sólo un hueco/ en la sombra” (“Del alma”).

La historia es conocida: en 1974 y tras haber sido expulsados de un taller de poesía de la UNAM, los poetas Mario Santiago, Roberto Bolaño y el propio Cuauhtémoc Méndez, entre otros, se plantearon la necesidad de formar un movimiento de poesía “contra la cultura oficial”, que denominaron Movimiento Infrarrealista. Entre los héroes del grupo, los Beats, los dadaístas, el movimiento Hora Zero de Perú, *maudits* como Rimbaud y Lautréamont, aunque también figuras menos célebres, como Sophie Podolski, poeta belga que se suicidó a los veinte años. Su enemigo declarado, el poeta e intelectual Octavio Paz, guardián del *establishment* literario mexicano.

“De *paz* no hay nada, / salvo los versos con que lo manchas todo” (“Correspondencia”). Escritura en expansión, a cargo de alguien obligado a imaginar otras vidas; exceso del lenguaje o la curiosidad, el deseo, el disgusto con la idea de final por la imposibilidad que implica de multiplicar las posibilidades; escritor en sus múltiples mundos, infinitamente divergentes y solapados, muchos de los cuales involucran a su alter ego en un ático de lujo con vistas al infinito, se yuxtaponen las muchas narrativas en un único libro con puertas o trampillas que se comunican. Aunque tras su lectura uno esté tentado de afirmar que no hay nada de su inocencia a lo que el poeta no haya sido leal, las razones de esa lealtad no se muestran en ningún lugar mejor que en *Uso y abuso* / *Peso neto*, que surgen impulsados por la negativa a seguir cualquier regla o expectativa sobre lo que un poemario debe ser.

Ambos poemarios acaban de ser editados por Ediciones Sin Fin, en 2017, con prólogo del poeta Pedro Damián Bautista. Los dos libros, en un solo volumen, suponen un elogio al fugaz movimiento y al salvajismo de la juventud, la

poesía y el idealismo. Las composiciones no se esfuerzan tanto por resolver sus crisis como por dramatizarlas, dejando al lector con el estado de ánimo de sus preguntas más que con la seguridad de sus respuestas. En esto pueden parecer epigramáticas, inacabadas y, a veces, adolescentes. Pero las más irradian la audacia del intelecto, así como la crueldad de la visión, que informan la mejor literatura.

C O L
A B O
R A D
O R E
S

JUAN CARLOS ABRIL (Los Villares, Jaén, 1974) es profesor de la Universidad de Granada, responsable de ediciones de autores como Caballero Bonald, García Montero, Antonio Deltoro y Fabio Morábito, entre otros. Su poesía ha sido recogida en México y Costa Rica. Dirige la revista *Paraíso*. • **JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ** (Cartagena, 1942) fue uno de los poetas incluidos en la antología *Nueve Novísimos poetas españoles* (1970). Autor de versiones de Cavafis, Stevenson y Eliot, ha ido reuniendo su poesía en *Museo de cera* (última edición de 2016). • **SERGIO ÁLVAREZ** (Salamanca, 1973) ha publicado el libro de poesía *Las islas del río* (2015), así como poemas y traducciones en revistas literarias. • **LUIS ARMENTA MALPICA** (Ciudad de México, 1961) es autor de un buen número de libros de poemas. Ganador de los premios de poesía Aguascalientes, Efraín Huerta, Jalisco en Letras y José Emilio Pacheco, dirige en Guadalajara Mantis Editores. Vaso Roto publicó en 2012 su antología *El agua recobrada*. • **ALEJANDRO BELONNE DEVEREUX** (Buenos Aires, 1980) comenzó en 2012 a dirigir la editorial de poesía mural La Madrileña, con su sede en Madrid, y otras en Santiago de Compostela, Buenos Aires y París, que han difundido muchas de las nuevas voces poéticas. *Pájaros con mensajes que vienen desde lejos* es su primer poemario. • **JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA** es autor de ensayos, diarios, relatos y novelas, así como traductor y crítico literario. En 2007 publicó *Casa en construcción (Itinerario poético 1984-2007)*. Después han aparecido *Diario de Benaoaz* (2010) y *Panorama y perfil* (2014). • **INMACULADA CALDERÓN** es natural de Puerto Real (Cádiz) pero reside en Sevilla desde la adolescencia. Entre sus obras se encuentran: *De amores y sabores* (2009), *Ronda de la rima rima* (2010), *La levedad del instante* (2011), *Sangre de nómada* (2014), y *Con la venia de Erato y Perséfone* de próxima aparición. • **JESÚS CÁRDENAS** (Alcalá de Guadaira, 1973) ha publicado los libros de poemas *Algunos arraigos me vienen* (2005), *La luz de entre los cipreses* y *Laberintos sin cielo* (ambos en 2012), *Raíces de ser* y *Mudanzas de lo azul* (en 2013 los dos), *Después de la música* (2014), *Sucesión de lunas* (2015) y *Raíz olvido* (2017). • **GUILLERMO CARNERO** es uno de los poetas de la llamada generación novísima. No se apagó en los años setenta su inspiración, que conoció un decenio espléndido entre 1999 y 2009 con la publicación de cuatro libros que tenían mucho en común: *Verano inglés*, *Espejo de gran niebla*, *Fuente de Médicis* y *Cuatro noches romanas*. En 2017 ha publicado *Regiones devastadas*. • **NIEVES CHILLÓN** (Orce, Granada, 1981) ha publicado los poemarios *La hora violeta* (2004), *Morning Blues* (2006), *La canción de Penélope* (2011) y *Rasguños* (2013). Con *El libro de Laura de Laurel* (2017) ganó el Premio de Poesía Unicaja. • **ANÍBAL CRISTOBO** (Lanús, Provincia de Buenos Aires, 1971) es un poeta y traductor argentino residente en España desde 2002. *Miniaturas kinéticas* (2005) reúne sus tres obras anteriores. • **ANDRÉ CRUCHAGA** (Chalatenango, El Salvador, 1957) ha publicado varios libros de poesía, traducidos en parte a varios idiomas. • **EFI CUBERO** reside en su natal Granja de Torrehermosa (Badajoz) tras casi toda una vida pasada en Cataluña. Sus títulos de poesía más recientes son *Canción del extraño* (2013) y *Punto de apoyo* (2014). • **DANIEL DÍAZ GODOY** (Torrox, 1990) fue premio del Certamen Literario Jorge Guillén de narración corta (2008) y Mención de Honor en Premio Cero de Poesía Joven (2016). Ganador en la categoría de poesía del primer Certamen Internacional de Poesía y Relatos «Libros sobre Ruedas, Librerías en Marcha» (2017). • **ALFREDO FÉLIX-DÍAZ** (Ciudad de México, 1974) es guionista de cine y televisión. Ha publicado los libros de poemas *Salve Regina* (2001), *Si resistimos* (2008, accésit del Premio Adonáis), y *Nada que perder* (2013). Pronto estrenará su primera obra de teatro. • **MALVA FLORES** (Ciudad de México, 1961) es autora de obras narrativas y de crítica. Como poeta ha publicado ocho libros, el más reciente de los cuales es *Galápagos* (2016). Entre otros galardones, ha obtenido el Premio de Poesía de Aguascalientes. • **TRINIDAD GAN** es autora de *Fin de fuga* (2008, Premio Ciudad de Cáceres), *Caja de fotos* (2009, Premio Surcos). Su libro de poemas más reciente es *Papel ceniza* (2014). Una antología de su obra apareció en Costa Rica en 2014 con el título de *Receta para el fuego*. Acaba de obtener el Premio Generación del 27. •

LUIS ARTURO GUICHARD es natural de Chiapas (México) y reside en España desde 1997, donde es profesor de la Universidad de Salamanca. Ha publicado varios libros de poesía en México y España. Su poesía reunida apareció en 2011 con el título de *Una fe provisional* (2013). Su libro de poesía más reciente es *El jardín de la señora D.*, con el que obtuvo el Premio Villa de Martorell 2016. • **JULIÁN HERBERT** nació en Acapulco (México) en 1971 y reside en Saltillo. Es articulista y autor de crónicas, también de cuentos y novelas premiados (como la muy celebrada *Canción de tumba*, 2011), además de varios libros de poesía. *Las azules baladas (vienen del sueño)* es de 2014. • **JUAN LAMILLAR** (Sevilla, 1957) es autor de una amplia obra poética y ensayística. Una selección de sus versos apareció en 2015 como *Entretiempos: antología poética 1982-2009*. En 2017 publicó *Notas sobre Venecia*. • **ELSA LÓPEZ** (1947) obtuvo el Premio de Poesía Ciudad de Melilla en 1987 con *Del amor imperfecto*, en 2002 el José Hierro por *Mar de amores* y en 2005 el Ricardo Molina por *Travesía*. Su último poemario hasta la fecha es *Viaje a la nada* (2016). Dirige Ediciones La Palma. • **CELIA LÓPEZ MUÑOZ** es licenciada en Periodismo y en Filología Hispánica. Ha trabajado en medios de comunicación locales cordobeses y madrileños. Profesora de secundaria de Lengua y Literatura, reside en Sevilla. • **PILAR MÁRQUEZ**, profesora de Lengua y Literatura en la Universidad de Sevilla, C. U. de Cádiz y de Enseñanza Media, ha publicado poemas, obras y trabajos de investigación en revistas especializadas. • **LOLA MASCARELL** (Valencia, 1979) ha publicado los libros de poemas *Mecánica del prodigio* (2010) y *Mientras la luz* (2013), con el que ganó el Premio Emilio Prados de Poesía Joven. • **ROXANA MÉNDEZ** (El Salvador, 1979) es poeta e ilustradora. Ganadora del Premio Nacional de Poesía de su país, con *El cielo en la ventana* logró el Premio Alhambra de Poesía Americana. Otros libros suyos son *Memoria* (2004) y *Mnemosine* (2008). • **INMACULADA MORENO** (El Puerto de Santamaría, 1960) ha publicado cuatro volúmenes de poesía, el más reciente de los cuales es *Donde la higuera verde* (2011). Dirige la revista de traducción literaria *Pliegos Suelos de la Academia*. • **ELÍAS MORO** ha publicado libros de poemas (el último, *Hay un rastro*, 2015), dietarios, aforismos y greguerías. Sus dos últimos libros en prosa son *Microrrelatos domésticos* y *Álbum de sombras*, ambos en 2017. • **MANUEL NEILA** (Hervás, Cáceres, 1950) es autor de aforismos y ensayos, además de poesía. En 2014 publicó *El camino original (Antología poética 1980-2012)*. • **CRISTINA PERI ROSSI** (Montevideo, Uruguay, 1941) reside en España, donde se exilió en 1972. Es autora en varios géneros. Con *Playstation* (2009) ganó el Premio Loewe. Cuatro años antes había publicado su *Poesía reunida*. La Universidad de Sevilla publicó en 2017 el volumen colectivo *Erotismo, transgresión y exilio: las voces de Cristina Peri Rossi*. • **CHARO PRADOS** nació en Alcalá del Río (Sevilla) en 1962. Tiene publicados los poemarios *El aire detenido* (1997, Premio de Poesía Ciudad de San Fernando), *Tan alta soledad* (2004), y *Todos los fuegos* (Premio de Poesía Rafael Morales 2009). Es autora, así mismo, del libro de relatos *La carpa de oro* (2009). • **JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA** (Córdoba, 1972), autor de novela y poesía, así como traductor literario, es un asiduo crítico en diferentes publicaciones. En 2015 publicó el poemario *Un mínimo de racionalidad un máximo de esperanza*. • **JAVIER SALVAGO** (Paradas, Sevilla, 1950) reunió su poesía hasta la fecha en *Variaciones y reincidencias* (Poesía 1977-1997). Luego ha publicado la antología *La vida nos conoce* (2011) y los libros *Nada importa nada* (2011) y *Una mala vida la tiene cualquiera* (2014). En prosa, su libro más reciente es *No sueñes conmigo* (2017). • **TOMÁS VALLADOLID BUENO** es autor de los libros *Democracia y pensamiento judío: de Habermas a Benjamin* y *Pensar anamnéticamente el pasado*. • **EVA VAZ** (Huelva, 1972) es gestora cultural. Figura en varias antologías y en *Frágil* (2010) reunió una selección de su poesía. Su obra más reciente es *Trabajo sucio* (2016). • **MARÍA JOSÉ VIDAL PRADO** (El Ferrol, 1967), profesora de Lengua y Literatura, es autora de *Historia de un jardín muerto y de un pájaro rojo* (2015) y *Polifonía* (2016). • **JOSÉ MANUEL VINAGRE LOBO** (Jerez de la Frontera, 1959) es bibliotecario en la Universidad de Sevilla. El poema aquí publicado pertenece al libro inédito *Principio y fin*.

**Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)**

Director general de Cultura y Patrimonio
Luis Méndez Rodríguez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección
Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor
**Jesús Aguado, Enrique Baltanás, Juan Bonilla,
Jacobo Cortines, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque**

Coordinación técnica
Juan Diego Martín Cabeza

Diseño
F. Javier Martínez Navarro

Maquetación e impresión
Imprenta Sand

ISSN 2341-2224
DL SE 618-2014

Contacto y suscripciones
estacionpoesia@us.es
C/Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

© 2018 Editorial Universidad de Sevilla
© De los textos, sus autores